

C. JORDÁN CÓLERA, *Celtibérico* (Monografías de Filología Griega 16), Zaragoza, Universidad, 2004, IV + 476 págs. ISBN: 84-96214-38-9.

C. Jordán Cólera, autor también de una *Introducción al celtibérico* aparecida en el año 1998, nos ofrece en esta obra un nuevo manual, fruto no sólo de la imprescindible y continua renovación de su labor investigadora, sino también de su preocupación por la docencia. Son éstas dos llaves esenciales para entornar las puertas de una de las lenguas de *corpus* más importantes que alberga nuestra Península Ibérica, clave tanto para profundizar en la situación lingüística previa a la llegada de los romanos como para reconstruir las relaciones internas entre las lenguas célticas, una de las más interesantes dentro de la familia indoeuropea. El manual de *Celtibérico*, por tanto, no puede ser sino mil veces bienvenido por utilizar la fórmula de salutación irlandesa.

Lo es además porque, a nuestro juicio, responde cumplidamente a las expectativas que cualquier lector interesado en la materia pueda albergar, por muy diferentes que sean sus intereses.

El alumno encontrará verdaderamente un manual: esto es, una detallada y ordenada exposición de las cuestiones más relevantes que atañen al celtibérico. Para empezar, un introito muy pertinente relativo a las fuentes para el estudio de la situación lingüística de la Península Ibérica antes de la llegada de los romanos.

El autor establece tres apartados distintos: primero expone testimonios indirectos, fuentes literarias y no literarias, cuya exposición es muy didáctica, puesto que además de ofrecer los textos en traducción, unas breves palabras a pie de página bastan al autor para situar a cada autor en su época y contexto histórico, de forma que Estrabón, Plinio o Pomponio Mela no sean meros nombres para quien acaso por vez primera oye hablar de ellos. En segundo lugar se centra en los testimonios directos: esto es, las distintas áreas epigráficas, con los sistemas de escritura y las lenguas que están atestiguadas en la Península Ibérica. Realiza C. Jordán una pertinente distinción entre área epigráfica y área donde se habló una lengua concreta. Lleva a cabo el autor una excelente exposición de las escrituras hispánicas, acompañadas de *excursus* sobre el fenicio y el griego y sus respectivos alfabetos, necesario pues ambas lenguas son coetáneas de las lenguas paleohispánicas e influyeron decisivamente en el desarrollo de sus sistemas de escritura. El estudio se enriquece además con la inclusión de buenos cuadros, mapas y reproducción de distintos epígrafes que desde el primer momento introducen al lector en el mundo del celtibérico. No descuida C. Jordán un tercer apartado, el dedicado a la Hispania ágrafa, donde aborda la cuestión del complejo lingüístico vascónico-aquitánico, por utilizar su terminología.

Si para el alumno que por primera vez se acerca al estudio de la lengua celtibérica esta primera parte es imprescindible y su cuidada elaboración, así como el carácter eminentemente didáctico, han de contribuir notablemente a

despertar aún más su interés y deseo de profundizar en sus conocimientos, no es menos cierto que tampoco se sentirá defraudado aquel lector que ya goce de una cierta preparación.

Éste comprobará que el autor no sólo conoce muy bien la materia de la que trata, sino que maneja las fuentes con enorme soltura y domina perfectamente la enorme y a veces enmarañada bibliografía que se ha generado en torno a algunas cuestiones, como la filiación del lusitano o la tesis vasco-iberista. Esta observación es válida no sólo para este primer capítulo, sino para todo el libro, muy útil en el sentido de que sobre cualquier cuestión que atañe al celtibérico uno puede estar seguro de que en el apartado que le corresponda encontrará información pertinente y actualizada sobre cuestiones concretas (máxime, gracias a los distintos índices – palabras y secuencias celtibéricas, material onomástico hispano, vocablos de otras lenguas, formas reconstruidas– que facilitan extraordinariamente la consulta), exposiciones detalladas de las posturas enfrentadas, correcto planteamiento de los problemas más debatidos, que en ocasiones el autor deja abiertos y sobre los que otras veces avanza sus propias hipótesis, que a veces vienen a rectificar otras emitidas por él en trabajos anteriores. Esto no es sino un signo de la madurez a la que le han conducido tanto sus tareas docentes e investigadoras como el continuo aprendizaje interdisciplinar al que el propio Jordán Cólera apela y que tan imprescindible resulta en un área como el celtibérico.

Como lingüista tiene buen cuidado en explicar clara y atinadamente a qué llamamos indoeuropeo y en qué consiste el método comparativo. Aborda esta cuestión en su capítulo segundo, dedicado a la definición del celtibérico como lengua indoeuropea y, dentro de esta familia, como lengua celta. Es un capítulo breve en el que, por objetar algo, quizás habría sido interesante precisar con más claridad los usos de los términos “goidélico” y “gaélico”. A cambio y de más interés para la obra en sí, el autor plantea muy bien la cuestión de cómo se determina una clasificación dialectal, expone con claridad las hipótesis sobre la clasificación de las lenguas célticas, introduciendo las críticas pertinentes, al tiempo que deja abierta la polémica, pues, tal y como señala, lo que más importa es subrayar cómo todos los autores coinciden en la pronta separación del celtibérico del celta común.

A partir de ese momento el manual adquiere un aspecto mucho más técnico: los siguientes capítulos están dedicados respectivamente a fonética y fonología celtibéricas, el tercero y el cuarto a morfología y léxico celtibéricos. Es digno de reseña el loable intento de sistematizar la información relativa a los diferentes apartados, perfectamente ordenados (vocales, diptongos, laringales, sonantes, fricativas, oclusivas y grupos consonánticos, en el caso de la fonética y fonología; morfología nominal, verbal y pronominal, en el capítulo cuarto), a la vez que remite a multitud de trabajos dispersos en los que se han abordado los diferentes problemas. Carlos Jordán no sólo consigue establecer un estado de la cuestión de las distintas aportaciones e hipótesis más recientes, sino que señala las discrepancias entre ellas,

los puntos flacos de las argumentaciones, las consecuencias que determinadas interpretaciones conllevan, por ejemplo, en el importante punto de las silbantes, en cuyo tratamiento podemos atisbar los primeros pasos del proceso de lenición (pp. 73 ss.), y además precisa su posición al respecto.

El apartado de la fonología está tan volcado en el detalle, que acaso desde el punto de vista didáctico echaríamos en falta uno o varios esquemas que muestren el paso del sistema fonológico indoeuropeo al celta común, y dentro de éste al celtibérico: bastaría con agrupar las referencias con las que ininterrumpidamente va sembrando su exposición.

Por eso mismo es muy de agradecer el comienzo del capítulo dedicado a la morfología nominal con un cuadro general y que además explique las consecuencias morfológicas que conllevan los cambios fonéticos abordados previamente. En este apartado morfológico son especialmente útiles los cuadros, pues incorporan datos relativos a la evolución, ejemplos concretos e incluyen observaciones; además figuran también cuadros comparativos con otras lenguas célticas. Es de lamentar a ese respecto que probablemente una mala jugada del ordenador nos haya privado de contrastar la formación de los grados del adjetivo en el resto del dominio indoeuropeo en la p. 140 n. 139.

Cuestiones claves como la propuesta de K. McCone respecto al acusativo, la visión de conjunto de la morfología nominal de P. De Bernardo-Stempel, las hipótesis y críticas suscitadas entre los especialistas en torno al genitivo, el dativo-locativo o el ablativo e instrumental son expuestas con enorme acribía. El autor, además, enriquece mucho la discusión al revisar formas concretas cuya lectura epigráfica ha revisado personalmente, pues ello le permite plantear alternativas, soluciones y a veces abrir también la espita de nuevos problemas.

Precisamente por eso no podemos por menos de llamar la atención sobre la necesidad de precisar al límite todos los fenómenos que atañen a una evolución concreta citada como ejemplo: así en el caso del término irlandés *túath*, cuyos detalles no quedan, a nuestro entender, suficientemente explicados en la p. 83. Cuando el manual se utiliza en clase es una duda que fácilmente puede resolverse, pero cuando se cuenta tan sólo con el texto escrito, es imprescindible esmerarse con todo rigor para evitar que los ejemplos de otras lenguas, en lugar de iluminar los procesos del celtibérico, contribuyan a causar más confusión.

Puesto que nos hemos referido a un vocablo irlandés, merece la pena también señalar algunos pequeños errores que se han deslizado en la redacción, máxime cuando C. Jordán da la bienvenida a todas las correcciones que se le puedan hacer llegar<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Consignamos aquí las erratas de máquina o las deficiencias de expresión que hemos detectado: la línea 26 de la p. 316 comienza con una coma que corresponde al final de la línea anterior; p.

Así, en la p. 196 se cita la forma del antiguo irlandés *treide* a propósito de un topónimo *titiakos / titiako* atestiguado en una leyenda monetar y equiparado al latino *Tritium* para comparar la formación del ordinal. Sin embargo, en antiguo irlandés ‘tercero’ es *tress* y el vocablo *tréide*, con acento, o más correctamente, señal de largura, significa “tres cosas, tríada”.

En la p. 216, en relación con el término *kalim* aparecido en una fusayola, se cita el irlandés *caile* ‘sirviente’: más correcto sería ‘sierva, muchacha’, quizás mejor ‘criada’, y *cáil* ‘lanza’ y no ‘jabalina, flecha’.

En la p. 301 conviene no olvidar el acento (señal de largura) del vocablo irlandés *lúáith*, y quizás sea preferible *tóbae* en lugar de *tóbe*, *vid. DIL = Dictionary of the Irish Language*, Royal Irish Academy, Dublin, 1990 s.v.

Igualmente es preferible citar *con-oí* y no *con'ōi* en p. 314.

Algo similar ocurre con el término *bráth*, citado *brāth* en p. 315, cuyo significado no es ‘juzgado’, sino ‘juicio’, en especial el ‘juicio final’.

Respecto al vocablo irlandés *audacht* citado en p. 216, puesto que con esa grafía, *audacht*, no tiene entrada propia en *DIL*, sería una cortesía indicar que puede consultarse tal término en *DIL* s.v. *aidacht*.

Asimismo, sería conveniente añadir una nota a propósito de la forma antiguoirlandesa “*dech* (moderno *deach*) ‘mejor’” citada en p. 317 tal y como antecede, pues al entrecomillar simplemente ‘mejor’, alguien no familiarizado con la lengua irlandesa podría pensar que es el grado comparativo del adjetivo ‘bueno’. No estaría lejos de la verdad, pero tampoco estaría en lo cierto. En antiguo irlandés el adjetivo *maith* ‘bueno’, tiene un comparativo *ferr* y un superlativo *dech*, en irlandés medio el comparativo y el superlativo es *ferr* (irl.mod. *fearr*). Convendría señalar además que *dech* es una forma indeclinable usada delante del verbo como partícula con el significado ‘mejor’, con el valor de superlativo (*vid. DIL* s.v.). Así se entiende mejor la referencia de P. De Bernardo, quien supone que celtibérico *tekez* está relacionado etimológicamente con el término irlandés y lo traduce sirviéndose de la forma latina *optime*.

Con estos ejemplos nos hemos situado ya en la que podríamos llamar segunda parte del libro, los capítulos V y VI dedicados a los documentos en lengua celtibérica, en signario paleohispánico y en alfabeto latino respectivamente. El final del capítulo III dedicado al léxico sirve de eje entre las dos partes. Ahí se

---

318 l. 9 ‘tónimo’, *recte* ‘teónimo’; p. 184 l. 6 se repite innecesariamente el vocablo *grafias*; p. 189 l. 20 “del un apelativo”; p.204 l. 18 choca la frase “La primera es la igualdad entre la grafía de la leyenda *b-* y la de las fuentes clásicas *u-*.” Nos parece que no queda suficientemente clara la explicación relativa a la etimología de Contrebia Belaisca contenida en las últimas líneas de la p. 184 e inicio de p. 185, cosa que sí sucede un poco más adelante en la p. 197. Finalmente no podemos por menos de preguntarnos por las oscuras o burlescas razones que llevan a la *t* a deslizarse en *Notbody is perfect*: p. II l. 14.

encuentra cumplida y actualizada información sobre la onomástica, los tipos de fórmulas utilizadas y la consiguiente división de la Hispania indoeuropea conforme a ese rasgo, así como sobre la toponimia, el vocabulario familiar e institucional que a continuación se irá desplegando en los documentos concretos.

La clasificación del material responde no sólo a la forma –y aquí introduce C. Jordán una novedad al agrupar por un lado las téseras y por otro las láminas y placas–, sino que la ordenación también se corresponde a la creciente complejidad morfosintáctica de los documentos. Avanzamos así de su mano desde las leyendas monetales a los grafitos sobre *instrumentum domesticum* (incluye aquí un grafito sobre una bola de catapulta, p. 227, testimonio para el que también hay paralelos clásicos), las inscripciones funerarias, las téseras sobre cuyas primeras manifestaciones encontramos interesante información (pp. 291 ss.), las láminas, las placas, hasta desembocar en los famosos bronce de Botorrita.

En el manejo directo de los documentos se comprueba efectivamente la necesidad de combinar distintas disciplinas. No sólo es imprescindible tener asimilados los conocimientos lingüísticos previamente adquiridos, sino que es importante tener en cuenta los modelos griegos y romanos para formar al menos una idea de la clase de inscripciones que llegan a nuestras manos (es especialmente llamativo el caso de las fusayolas, pp. 216 ss.), por más que éstas presenten particularidades específicas (p. ej. p. 198, a propósito de una leyenda monetal, o p. 203, sobre las cecas vasconas). A su vez, las fuentes clásicas y medievales son instrumentos esenciales en la identificación de topónimos, pero la ayuda que puedan proporcionar estas fuentes es vana si el punto de partida es equivocado, esto es, si la lectura del material celtibérico es incorrecta.

De ahí que el autor insista en la discusión detallada de las lecturas, el uso de fotografías fiables, la necesidad de una autopsia directa, que incluya un comentario paleográfico detallado y sólo entonces pase al razonamiento lingüístico. Es todo un acierto, tanto de cara a la enseñanza como a la investigación, que además de la transcripción del signario celtibético y la lectura de cada documento, muchas veces se adjunte una reproducción del mismo. El autor se ayuda naturalmente de las observaciones de editores anteriores, pero al tiempo discute sus propuestas o avanza hipótesis propias (muy interesantes son sus observaciones a propósito de la identificación del beneficiario del pacto en las téseras de hospitalidad pp. 252 ss., pp. 259 ss.). Es ahí donde, por más que siga siendo escaso, por más que, como él mismo C. Jordán indica, cuando más largo es un documento, más complicada resulta su interpretación, verdaderamente se revela la capacidad del autor del libro para interrelacionar todo el material disponible, contrastar la información procedente de los documentos celtibéricos con los datos procedentes de la antroponimia y la toponimia, además de los testimonios de otras lenguas célticas que abren distintas posibilidades etimológicas, todo ello combinado con la consideración de la situación histórico-geográfica concreta, por ejemplo a la hora

de determinar si una lámina está ligada a una explotación de minas de plata o a la obtención de sal (pp. 229 ss.).

Más allá del análisis concreto de los términos, de los documentos concretos, de la exposición detallada de las semejanzas morfológicas, sintácticas y léxicas que detecta entre el Bronce de Botorríta I y IV, se destacan las observaciones de C. Jordán, fruto de su larga reflexión sobre los textos: por ejemplo, cuando señala que no todos los términos que aparezcan en un texto celtibérico han de pertenecer a esta lengua –cabe que aparezcan nombres y topónimos ajenos a ella–, partiendo de esa premisa logra identificar los nombres de dos ciudades (p. 332) o, cuando se pregunta por qué se concentraron tantos bronceos en un único lugar, lo cual le permite avanzar en la interpretación del nombre de la ciudad, Contrebia (pp. 340 s.).

En una lengua como el celtibérico, donde a veces ni siquiera el descubrimiento de material nuevo, como sucedió con el Bronce III, supone automáticamente un avance significativo, precisamente resulta imprescindible enfocar correctamente los problemas, y es muy probable que, si no a corto plazo, sí a la larga termine redundando en un una mejor interpretación de los hechos. El autor es consciente de esto, no tiene reparo en rectificar anteriores propuestas: por ejemplo, a propósito de téseras en alfabeto latino (pp. 368, 370, 374). Con razón advierte que el hecho de que estén escritas en un alfabeto que nos resulta más familiar no constituye necesariamente una ventaja, pues pueden producirse tanto dificultades de lectura, algunas retrotraíbles a la adaptación del silabario celtibérico al alfabeto latino, como interferencias morfológicas o sintácticas, en lo relativo a la fórmula onomástica.

Ni siquiera la mención de un dios bien conocido en el mundo céltico *Lug* es garantía de unanimidad en la interpretación. Véase, si no, el resumen de las distintas lecturas y propuestas de los especialistas a propósito de los textos rupestres de Peñalba de Villastar (pp. 376 ss.), a las que C. Jordán suma su propia y original interpretación cuestionando la etimología de *lug* que a su juicio no sería un teónimo, sino un abstracto verbal (p. 388). Nos parece que no justifica su postura suficientemente ni tampoco remite a otro lugar donde se haya ocupado con más detalle de la cuestión. Quizás por la misma razón que le lleva a no detenerse en las características de todo el conjunto monumental de la localidad turolense, pues el consolidado grupo de investigación *Hiberus* de la Universidad de Zaragoza está revisando todo el yacimiento y se anuncia una próxima publicación.

Esperamos, entonces, que dicho trabajo no se demore en demasía, pues a buen seguro el autor proseguirá entretanto la labor investigadora y docente que tan buen fruto ha dado hasta ahora y podremos hacerle llegar de nuevo nuestra enhorabuena.

M<sup>a</sup>. del Henar VELASCO LÓPEZ  
Universidad de Salamanca